

Carta explicativa 2026

La democracia no elimina los conflictos. Tampoco debería aspirar a hacerlo. En una sociedad plural conviven intereses, identidades, valores y formas de entender el mundo que no siempre pueden reconciliarse. La cuestión verdaderamente democrática no es cómo evitar el desacuerdo, sino cómo abordarlo sin convertir al adversario en enemigo y sin utilizar la convivencia como excusa para mantener situaciones injustas.

Desde esa tensión nace la pregunta de la próxima edición de la Liga Española de Debate Universitario:

¿Es la amabilidad una herramienta más eficaz que la confrontación para resolver los conflictos democráticos?

El punto de partida es la candidatura de Oviedo a Capital Europea de la Cultura 2031, construida alrededor de un concepto muy concreto: la «amabilidad». No se trata de una llamada a ser educados, sonreír más o rebajar el tono de cualquier discusión. La candidatura plantea la *amabilidad* como una propuesta ética y política: reconocer al otro, aceptar su diferencia, escuchar sin buscar únicamente el beneficio propio y reconstruir vínculos en un contexto marcado por la polarización, la desconfianza y la dificultad para alcanzar acuerdos.

La pregunta no pretende juzgar la candidatura de Oviedo ni someter su programa cultural a debate. Toma ese concepto como inspiración para plantear una cuestión mucho más amplia: cuando una democracia se enfrenta a un conflicto, ¿resulta más útil crear espacios de escucha y entendimiento o ejercer presión para alterar una situación que una de las partes no está dispuesta a cambiar?

En este debate, la amabilidad no se reduce a mera cortesía. Una persona puede hablar con corrección y, al mismo tiempo, ignorar, excluir o ejercer poder sobre los demás. Del mismo modo, una intervención firme o incómoda no tiene por qué ser hostil. La *amabilidad* que aquí se propone supone reconocer la dignidad del adversario, evitar su humillación, intentar comprender sus razones y preservar un espacio común incluso cuando el acuerdo no sea posible.

Puede ser exigente. Puede marcar límites. Puede denunciar una injusticia y decir claramente que no. No equivale a pasividad, neutralidad o resignación.

Esta concepción conecta con el filósofo **Byung-Chul Han**, referencia central de la candidatura y Premio Princesa de Asturias de Comunicación y Humanidades, quien distingue la amabilidad de las relaciones basadas en la imposición y la violencia. También encuentra puntos de contacto con la democracia deliberativa de **Jürgen Habermas**, que sitúa el intercambio público de razones en el centro de la legitimidad democrática, y con **Martha Nussbaum**, para quien emociones como la compasión, el cuidado o el amor cívico no son adornos sentimentales, sino elementos necesarios para sostener instituciones justas.

A este marco se suma **Axel Honneth**, cuya teoría del reconocimiento permite comprender la amabilidad como algo más profundo que una actitud cordial. Honneth sostiene que las personas necesitan sentirse reconocidas en su dignidad, sus derechos y su aportación a la comunidad para participar plenamente en la vida social. Muchos conflictos democráticos nacen, precisamente, de experiencias de desprecio,

invisibilidad o exclusión. Desde esta perspectiva, la amabilidad puede actuar como una práctica política de reconocimiento: no elimina el desacuerdo, pero impide que el adversario sea reducido a una caricatura o tratado como alguien cuya voz carece de valor.

También resulta relevante **Joan Tronto**, una de las principales representantes de la ética del cuidado. Tronto defiende que el cuidado no debe quedar limitado al ámbito privado, sino incorporarse a la organización de las instituciones y a la toma de decisiones colectivas. Una democracia verdaderamente amable debería atender la vulnerabilidad, la dependencia y las necesidades concretas de las personas, especialmente de quienes suelen quedar fuera de los espacios de poder. Su planteamiento permite presentar la amabilidad no como una virtud blanda o sentimental, sino como una responsabilidad pública: escuchar, valorar las consecuencias de las decisiones y construir instituciones capaces de cuidar sin caer en el paternalismo.

Quienes defiendan la postura A Favor podrán argumentar que la amabilidad reduce la lógica de bloques, evita la deshumanización y facilita acuerdos que las partes asumen como propios. Una solución alcanzada mediante el reconocimiento mutuo puede ser más legítima y duradera que una decisión obtenida únicamente por imposición. Desde este punto de vista, la *amabilidad* no sería una muestra de debilidad, sino una forma exigente de hacer política: escuchar, revisar posiciones y mantener abierta la posibilidad de convivir después del conflicto.

Pero la **confrontación** tampoco debe confundirse con el insulto, la agresividad o la violencia. En democracia, confrontar puede significar protestar, hacer huelga, denunciar públicamente una injusticia, recurrir a los tribunales, organizar un boicot, ejercer una oposición firme o practicar la desobediencia civil no violenta.

Muchas conquistas sociales no nacieron de una conversación amable entre partes situadas en condiciones de igualdad. Surgieron porque quienes estaban siendo ignorados consiguieron interrumpir la normalidad y elevar el coste de no escucharlos. Cuando una parte se beneficia del estado de las cosas, puede no tener ningún incentivo para dialogar. En esos casos, la confrontación no cierra necesariamente la negociación: puede ser lo que finalmente la haga posible.

Esta idea ocupa un lugar central en la teoría agonista de **Chantal Mouffe**, para quien el conflicto no es una enfermedad de la democracia, sino una parte inevitable de la política. El objetivo no debería ser alcanzar un consenso total, sino transformar el antagonismo entre enemigos en un agonismo entre adversarios: proyectos enfrentados que compiten con intensidad, pero que reconocen el derecho del otro a participar en la disputa.

Desde otro ángulo, **Jacques Rancière** sitúa el disenso en el corazón de la política, especialmente cuando quienes habían quedado fuera del espacio público irrumpen para exigir voz. **Nancy Fraser** advierte de que los consensos pueden construirse dentro de espacios que ya son desiguales y destaca la importancia de los contrapúblicos creados por grupos subordinados. **Iris Marion Young** cuestiona, además, los modelos de deliberación que privilegian un lenguaje aparentemente racional y moderado, pero que pueden dejar fuera la narración, la protesta, la emoción o la experiencia de quienes no dominan esos códigos.

Martin Luther King expresó esta tensión de forma especialmente clara al defender la acción directa no violenta y la creación de una tensión constructiva. Su planteamiento no rechazaba el diálogo; denunciaba que, en ocasiones, el diálogo solo comienza cuando la protesta obliga a quienes tienen poder a sentarse a negociar.

También **Renata Salecl** introduce un matiz útil. Su crítica a la vulgaridad contemporánea no desemboca en una defensa de la mansedumbre. Reivindica la indignación frente a la apatía y recuerda que las palabras amables pueden utilizarse como envoltorio de relaciones profundamente violentas. La cuestión, por tanto, no es elegir entre amabilidad y enfado como estados de ánimo, sino valorar qué forma de actuación permite transformar realmente el conflicto.

Las dos posiciones afrontan dificultades importantes. La amabilidad debe explicar cómo actúa cuando existen desigualdades profundas, mala fe o actores que rechazan las reglas democráticas. La paradoja de la tolerancia de **Karl Popper** obliga a preguntarse si una democracia puede mantenerse indefinidamente abierta ante quienes pretenden destruirla.

La confrontación, por su parte, debe demostrar que puede ejercer presión sin caer en la deshumanización, la polarización permanente o la lógica de que cualquier medio queda justificado por la causa. Si toda discrepancia se convierte en una lucha entre enemigos irreconciliables, el conflicto deja de fortalecer la democracia y empieza a erosionarla.

La pregunta exige también precisar qué entendemos por resolver un conflicto. Resolver no siempre significa alcanzar un consenso definitivo. Puede significar corregir una injusticia, desbloquear una negociación, incorporar a quienes habían sido excluidos, reducir la violencia, cambiar una relación de poder o establecer unas reglas aceptables para seguir discrepando.

Del mismo modo, hablar de la herramienta *más eficaz* obliga a fijar criterios. ¿Importa más la rapidez, la justicia del resultado, su duración, la protección de los derechos, la legitimidad del procedimiento o la capacidad de mantener la convivencia? Un acuerdo inmediato puede ser injusto. Una confrontación costosa puede provocar una transformación duradera. Los equipos tendrán que explicar qué entienden por eficacia y por qué sus criterios deben prevalecer.

Amabilidad y confrontación tampoco son necesariamente incompatibles. La presión puede abrir el camino al diálogo, y la amabilidad puede evitar que esa presión se convierta en destrucción. Sin embargo, afirmar simplemente que «las dos son necesarias» no basta para responder. Será necesario determinar cuál desempeña el papel decisivo, cuál modifica realmente el conflicto y en qué medida una depende de la otra.

Nos encontramos, en definitiva, ante un debate de principios, conceptos y modelos de democracia. Las evidencias serán necesarias, pero no deberán limitarse a cifras y porcentajes. La filosofía política, el derecho, la historia, los movimientos sociales, los estudios cualitativos y el análisis de casos concretos resultarán tan relevantes como los datos cuantitativos. Una cifra puede mostrar que una estrategia obtuvo un resultado; no puede decidir por sí sola si ese resultado fue justo, legítimo o democráticamente deseable.

La pregunta nos sitúa ante una tensión difícil de resolver. Una amabilidad incapaz de incomodar al poder puede convertirse en una palabra bonita y poco más. Una confrontación que deja de reconocer la humanidad del adversario puede destruir el espacio común que pretendía transformar.

Entre esos dos riesgos se encuentra el debate.

Nos vemos en los atriles.